

SPIVAK, Gayatri Chakravorty (2009). *¿Pueden hablar los subalternos?* (Traducción y edición crítica de Manuel Asensi Pérez). Barcelona: MACBA, 125 pp. ISBN: 978-84-92505-9.

En un artículo del año 2007, Manuel Asensi concluía: «la crítica como sabotaje se hace siempre las mismas preguntas: ¿en qué dirección va este texto dentro de los polisistemas modelizadores y qué vende?». Si bien su propuesta se enmarcaba en una reflexión más amplia acerca del sentido de una crítica literaria, su aplicación en el contexto de esta reseña se hace necesaria. Más si se tiene en cuenta que el título *¿Pueden hablar los subalternos?* inaugura una serie de cuestionamientos que van mucho más allá del carácter interrogativo del mismo: ¿quiénes son los subalternos? ¿qué características sociales, culturales, económicas o históricas los especifican? En definitiva: ¿en qué medida es posible establecer un vínculo entre la potencia activa de los dos verbos conjugados y la dificultosa definición de unos sujetos lingüísticamente marcados por el signo de la dominación?

A todo ello quiere responder el traductor y editor del texto por medio de una minuciosa edición crítica y, sobre todo, a través de una introducción en la que el sujeto se posiciona críticamente y maneja sobre algunas de las ideas del artículo de Spivak una mirada ideológicamente saboteadora. Los propósitos son claros, y así los expone en «La subalternidad borrosa. Un poco más de debate en torno a los subalternos»: de un lado, estudiar detenidamente un trabajo que ha abierto nuevas líneas de investigación en torno a nociones como lo poscolonial, el género, la alteridad o la subalternidad, y aplicar sobre él una crítica-sabotaje que permita ver el origen retórico y silogístico de algunos de sus argumentos, especialmente de aquellos que, de manera más o menos velada, han sido objeto de revisión por parte de tantos otros. Del otro, relanzar el debate sobre unas subjetividades que ejemplifican materialmente algunas de las preocupaciones de los últimos años, a saber: las tecnologías de poder, de género o del yo que continuamente operan en la construcción de los distintos individuos que conforman nuestra realidad.

En el apartado titulado «Saboteando a Spivak: para una redefinición del “subalterno”», el autor descubre la falacia del modelo comunicativo sobre el que se construye una de las ideas principales de la intelectual –los subalternos no pueden hablar porque no hay un emisor aquí o allí para escuchar, para hacer caso, para

comprender incluso lo que se quiere decir—, puesto que, como él mismo recuerda, «(...) la malinterpretación es la condición de posibilidad de todo acto interpretativo» (p. 32). Desde aquí, el valenciano dibuja su propia imagen del subalterno tomando como punto de partida el *exempla* del Lazarillo, y recuperando como figura de figuras la *interrogatio* y el lugar de ausencia que ésta siempre convoca. Por eso, hacia el final de su trabajo, no podrá más que concluir: «El subalterno sería aquel o aquella cuya vida resulta insoportable e invisible hasta el punto de que ello amenaza la posibilidad de su vida en sentido literal o simbólico [...]. La pregunta no es, por tanto, si los subalternos pueden hablar, sino si los subalternos pueden vivir» (pp. 36 y 39).

Así las cosas, no hay que perder de vista el contexto de sabotaje en el que se produce el presente libro: se paut a un recorrido de lectura *otro* del famoso trabajo de Gayatri Chakravorty Spivak y, para ello, se utiliza un modelo que no olvida, antes bien potencia, el carácter contradictorio y heterogéneo de la práctica lectora y, en última instancia, crítica. En este sentido, no debe sorprender la fundamentación paradójica —constantemente interrogativa, pocas veces resolutiva— que la teoría crítica del autor expone, ni la puesta en práctica que a partir de la segunda parte, y enfrentándose ya a «¿Pueden hablar los subalternos?» en su faceta de traductor y editor, realiza. Es entonces cuando se arroga la capacidad de ir inscribiendo su huella subjetiva con notas a pie de página que tan pronto lo perforan con las distintas versiones que de él existen —cuatro, a juzgar por lo que explica nada más empezar su estudio: una conferencia de 1983 y tres manuscritos (re)escritos a lo largo de siete años, de 1985 a 1993—, como lo «dan a leer» con aportaciones del tipo: «Del mismo modo que Heidegger acusaba a Nietzsche de no haber superado, a pesar de las apariencias, la tradición metafísica occidental, así también Derrida acusa a Heidegger de ser el último bastión de dicha tradición metafísica. Spivak repite esta estrategia contra Deleuze (y Guattari), porque aunque este parece haber minado la existencia de un sujeto soberano mediante su teoría de la multiplicidad, en el fondo ello constituye una restitución del sujeto soberano» (nota 3, p. 45).

Ya lo había dicho en ese artículo embrionario del 2007: la crítica como sabotaje decide cuándo puede ejercerse y cuándo no. Y la consecuencia más directa de esta toma de decisión es la metamorfosis del objeto de análisis en un palimpsesto de referencias, intertextualidades y opiniones que desbordan la ley interna del texto y lo hacen circular en una dinámica de significaciones múltiples. Piénsese, si no, en la primera de las intervenciones que se llevan a cabo: ante la dificultad de un término morfológicamente ambiguo como es el inglés «subaltern», el sujeto crítico opta por reclamar la pluralidad de un término como «subalternos», en detrimento

de otras formas más modernas como «subaltern@s», y de esta forma logra trazar una línea de fuga interpretativa por la que la cuestión del género –base de los análisis de Spivak en torno a la subalternidad de la mujer– dialoga con la cuestión mucho más amplia de la subjetividad y de las dificultades que ésta experimenta en su devenir textualidad o, si se prefiere, palabra / cuerpo (re)escritos.

Junto a ello, se tiene muy en cuenta también la importancia de una contextualización que tan pronto aclare las huellas del pasado –las referencias spivakianas a esa intelectualidad francesa que, con Michel Foucault y Gilles Deleuze a la cabeza, constituyen el inicio de sus críticas a lo que ella denominó «(...) otro error disciplinario más: contar historias de vidas en nombre de la historia» (p. 45)– como las modernice: sus largas notas explicativas consiguen escapar, así, del peligro de abrumar al lector y, al mismo tiempo, favorecen una suerte de escritura *otra* que convierte el diálogo esperable en este tipo de trabajos en una relación dialógica de potentes dimensiones.

Aunque lo más fácil sería pensar que se trata de un estudio sobre un tema repetidamente trabajado –la sombra de una lectura feminista planea sobre la recepción posterior que se ha hecho del texto de Spivak–, pienso que la mirada y, sobre todo, los resultados logrados hacen de él un libro de lectura obligada para todo aquel que busque un acercamiento original a este tipo de cuestiones. Por otro lado, el hecho de encontrar en la génesis del libro la marca del Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona y de su Programa de Estudios Independientes (PEI) lo resignifican en una esfera de divulgación y discusión de indudable interés.

Núria Calafell Sala

Universidad Nacional de Córdoba